Sermón Sobre Hechos 2:22-24

Por Juan Calvino

"Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella" (Hechos 2:22-24).

Después que Pedro, en su sermón hubo declarado que la promesa contenida en la profecía de Joel había sido cumplida cuando el Espíritu Santo le fue dado a él y a sus compañeros, a modo de testimonio y como una garantía de que Dios quería comunicar su Espíritu Santo a su iglesia y a cada creyente y que, sin embargo, tendrían que sobrevenir grandes obstáculos, y que la fe de los cristianos tenía que ser probada; después de todas estas cosas, digo, llama la atención de los judíos sobre Jesucristo. Pues, ya que el Espíritu Santo fue dado, ellos tenían que reconocer la venida de Jesucristo; porque está escrito que esta promesa de Joel únicamente se cumplirla en el tiempo final. De manera entonces, cuando vemos derramado así el Espíritu Santo, ello es una señal segura de que Dios ha enviado a Jesucristo a efectos de cumplir con la salvación de los hombres. Ahora bien, es una forma hermosa de enseñar y en un orden muy adecuado que debemos notar de manera especial, es decir que todos los dones que Dios nos da a través de su Espíritu Santo son otros tantos medios de guiamos y conducimos a Jesucristo, a efectos de que de él aprendamos toda sabiduría; porque él es la fuente de la cual hemos de tomar todo. En efecto, en primer lugar, puesto que él era desde toda la eternidad la palabra de Dios, él es la vida y la luz de los hombres, y puesto que él ha recibido todos los dones del Espíritu Santo en perfección, puesto que él fue hecho hombre, es de su plenitud que nosotros recibiremos gracia sobre gracia. Entonces, es por medio de él que recibiremos gracia delante de Dios, porque si queremos dirigimos por nosotros mismos a su majestad sin hacer uso de este medio, no estaremos en condiciones de tener acceso a él. Entonces, tenemos que ver directamente a Jesucristo, sabiendo que ha recibido en tal perfección los dones del Espíritu Santo, para que por medio de él todos podamos ser partícipes de ellos. Así que San Pedro usa aquí una buena razón para amonestar a los judíos

afirmando que el Redentor ha venido, es decir, puesto que el Espíritu Santo es derramado, estamos en el tiempo final.
Luego agrega: "Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús' Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entre gado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole. Es él por medio de quien Dios se ha dado enteramente a ustedes, y sin embargo, ustedes lo han llevado a la muerte. No obstante, ustedes deben saber que es él quien fue prometido a ustedes en la ley. El vino para ser su salvador, y ustedes pueden reconocerlo por el hecho de que no permaneció muerto, porque Dios le dio la victoria sobre la muerte, él la ha vencido." Eso es lo que San Pedro alega en primer lugar ante los judíos, a efectos de conducirlos al conocimiento de Jesucristo. Y debemos notar que ya no está tratando aquí únicamente la muerte y resurrección de Jesucristo. Porque, antes que nada, los judíos tenían que saber que Jesucristo era el Hijo de Dios. Y eso era lo que San Pedro quería probar mediante su proposición. Hay dos cosas que debiéramos saber acerca de Jesucristo. La primera es que debemos creer que él es el Mesías, es decir, el ungido del Señor, prometido en la ley, y de quien escribieron los profetas, y que es él quien sufrió la muerte para nuestra redención, pero que él no fue retenido por ella, sino que fue levantado en gloria, triunfando sobre todos sus enemigos, Esto en cuanto al primer punto. Luego, en cuanto al segundo, cuando sabemos que Jesucristo ha muerto por nosotros, también debemos saber quién es él y beneficio hemos de recibir de él. Hay dos cosas que tenemos que notar bien: Porque si ahora tuviéramos que enseñar a un judío, tendríamos que comenzar esto, para instruirlo en el cristianismo, mostrándole que Jesucristo, nacido de la virgen María, llevado a la muerte por quienes se apoderaron de él, es el que Dios les había prometido, y conforme al tiempo que él les había señalado, él tenía que venir al mundo. Luego, cómo Dios dio testimonio de él, de que él era su Hijo, que él lo aprobaba por medio de señales y milagros los que hizo en medio de ellos, y cómo, de igual manera, después de haber ascendido al cielo envió a su Espíritu Santo, conforme a lo que se había predicho de él. Eso es, digo, lo que debemos decir a un judío para llevarlo a conocer a Jesucristo. Luego tendríamos que hacerle entender que, cuando la Escritura menciona el reino del Mesías, se trata de un reino espiritual, a efectos de que no se pueda equivocar pensando que Cristo es un rey terrenal, tal como lo creen todos los judíos. Es eso lo que los llevó a negar a Jesucristo, puesto que no lo han visto gobernar sobre la gente, y considerando que eso es lo que debía hacer. Ahora bien, en cuanto a los

judíos no tenemos que insistir en el primer punto, sino solamente en el segundo. Porque con nosotros confesarán que Jesucristo es el Hijo de Dios, y que es él quien fue prometido en la ley, que fue llevado a la muerte, y que fue levantado de ella. Allí concordamos sin dificultad alguna. Pero es preciso enseñarles por qué vino, porque de ninguna manera reconocen en él lo que realmente es. Saben que tenemos que creer que en Jesucristo únicamente y por el mérito de su muerte y pasión, nosotros tenemos la salvación. Los papistas, en cambio, la atribuyen a sus obras y méritos, y a sus necios inventos, y creen que a través de este medio pueden ser santificados. Entonces, buscan en sus obras aquello que únicamente se puede encontrar en Jesucristo. Por eso, de ninguna manera sería necesario enseñar algo a los papistas tocante a la persona de Jesucristo, sino únicamente de mostrarles cuál es su poder, por qué vino, y qué beneficio podemos recibir de él.

Aquí San Pedro tuvo que declarar ambos artículos: porque los judíos no sabían que Jesucristo era el Mesías enviado por Dios, y mucho menos conocían el poder que habla en él, y por qué había venido. Por eso aquí les muestra que Jesucristo apareció como Hijo de Dios entre ellos señalando que fue levantado de la muerte, y que por esta resurrección podían saber quién era; porque él fue librado de la muerte y porque tuvo victoria sobre ella, nosotros debemos buscar la vida y salvación en él. Es eso lo que San Pedro quiere demostrar en primer lugar; luego quiere mostrarles qué fruto tenemos de su resurrección, lo cual será declarado luego en su lugar. Ahora bien, puesto que conocemos la intención de San Pedro, y el orden que sigue en su sermón, sigámoslo, y aprendamos a saber que, tan pronto como Dios nos ha hecho un bien, es porque somos miembros de Jesucristo, y no porque él sea movido a hacerlo por causa de nuestras obras, ni por ninguna cosa que nosotros podamos presentarle. Por lo tanto, ya no andemos en nuestras fantasías, para auto persuadirnos de esto o aquello, en cambio, vengamos directamente al conocimiento de nuestros pecados, para no complacemos en ellos; como también vemos que San Pedro conduce a los judíos a hacerlo cuando trata la muerte de Jesucristo.

En primer lugar Pedro los acusa diciendo: "Ustedes le dieron muerte." Evidentemente esto no es para adularlos. En efecto, Pedro tuvo que confrontarlos con esto para punzarlos en el corazón y herirlos en lo más íntimo; como veremos luego fueron tan compungidos y amargados en el corazón que por esa causa fueron convertidos. Mediante esto tuvo que llamar la atención de los hombres para humillarlos y guiarlos al conocimiento de sus faltas. Porque si uno siempre les predica cosas agradables y deleitantes, solamente logrará que tengan la lengua larga al

respecto, y querrán ser compañeros de Dios, y disfrutar de él como si el fuera un hombre mortal. Vemos lo que le pasó a la mujer samaritana al hablar con Jesús; éste le ofrece agua viva, para que, tomando de ella, nunca más tuviese sed; ella se burla de Jesús como una ramera que es; pero después que él la condujo al conocimiento de su pecado, diciéndole que busque a su marido, y declarándole toda su iniquidad, ella habla con mayor humildad que al principio. Presentándole simplemente los dones de Dios, ella se burló de Jesús: "¿Y con qué recipiente para sacar agua, viendo que el pozo es tan profundo?" Pero cuando le dice: "Eres una mujer impura, cinco maridos has tenido, y al que tienes ahora no es tu marido," ella reconoce su pecado y llama a Jesucristo un santo profeta. De manera entonces, hasta que los hombres no sean aterrados por sus pecados jamás darán lugar a la palabra de Dios. Es por eso que San Pedro acusa a los judíos de haber crucificado y muerto a Jesucristo; no es que se complazca en arrojarles este reproche; lo hace a efectos de que ellos pudieran saber que su condenación estaba a la mano por causa de sus pecados; y por otra parte la absolución de los mismos por medio de Jesucristo si estaban dispuestos a reconocerlo y a dirigirse a él. Ahora bien, aquí los ministros de la palabra de Dios tienen una norma, es decir, que deben tocar a los hombres en lo más íntimo, y mostrarles sus pecados, a efectos de que puedan saber que Dios es su Juez que no dejara sin castigo la obstinación del pecado; y de esta manera serán atraídos con arrepentimiento a él, lo cual ellos no harían de ninguna manera, si no fueran amonestados y tratados rudamente. Por eso necesitamos de continuo que Dios gobierne sobre nosotros, y que nos condene, a efectos de ser absueltos por él. Existen por eso los falsos predicadores e impostores hablando de un falso Evangelio hablando liviandades y blanduras agradables a los pecadores que insisten en permanecer en sus rebeliones, toda una habladuría para tratar de lograr algo que pudiera servirles para cubrir sus vilezas. Pero, no es con este objetivo que tenemos que predicar, porque nuestro Señor Jesucristo dice que cuando venga el Espíritu Santo, convencerá al mundo de pecado, no de satisfacción en sus propias justicias humanas; Jesucristo estará sentado como Juez en su trono y juzgará al mundo. De manera entonces, no estaremos en condiciones de tratar fielmente el Evangelio, de modo que el mundo no sea conducido a esta condenación, a menos que cada uno sepa lo que es, a efectos de amonestarse a sí mismo. Por eso, que aquellos que se adulan, giman; que aquellos que están satisfechos consigo mismos, sean atemorizados; y que aquellos, persuadidos de ser justos en sí mismos, se examinen más atentamente, para que todos sean conducidos a este

conocimiento de pecado por el cual seremos llevados al arrepentimiento y consecuentemente a la gracia de Dios.
Es por eso que Pedro reprende tan rudamente a los judíos, diciendo que han crucificado y dado muerte a Jesucristo. Luego agrega: "entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios." Como diciendo: "Aunque fue entregado por la mano de hombres malvados, y aunque ustedes le dieron muerte, no obstante ello no ocurrió sin la voluntad de Dios." Ahora bien, no es sin causa que San Pedro agregue esta palabra, "Por el consejo y anticipado conocimiento de Dios." Porque los judíos al menos podían haber respondido diciendo: "Si es así, si Jesucristo de quien nos habla es el Mesías, ¿por qué ha sufrido para ser atormentado así y llevado a la muerte?" Y este es un asunto del cual se los persuade difícilmente, puesto que todavía vemos que se mofan y dicen: "Si Jesús fue el Hijo de Dios, ¿por qué soportó este oprobio de la cruz?" Es así como hombres malvados lanzan esta blasfemia porque la cruz es un objeto que les parece menguar la majestad del Hijo de Dios. Sin embargo, San Pedro se anticipa a semejantes fantasías las que podrían impedir que los judíos creyeran su enseñanza. Entonces afirma que ninguna de estas cosas ocurrieron casualmente (como ellos podrían haber supuesto) sino por medio de la voluntad de Dios. Ahora bien, cuando consideremos plenamente el poder de Dios, escaparemos a semejantes fantasías. Sabemos que de ninguna manera estuvo desprovisto Dios de sentido y razón y que todo lo que hizo, era adecuado para la salvación de los hombres. Además está también la resurrección la que tenemos que considerar diligentemente. Porque si bien la muerte de Jesucristo podía escandalizarnos, considerándola solamente a ella, debido a su crueldad y vergüenza, en la resurrección vemos una gloria y un admirable poder de Dios, que deberían apartarnos de todos los problemas y de las fantasías que podrían escandalizarnos. Entonces no es sin causa que San Pedro declare que el sufrimiento de Jesucristo fue por la providencia de Dios. Era preciso que Jesucristo fuese el sacrificio ofrecido a Dios su Padre para borrar los pecados del mundo. Entonces, cuando vemos ese propósito en el consejo de Dios, de manera de reconocer que cuanto Dios hace lo hace para nuestro beneficio, ya no deberíamos preguntar por qué sufrió Jesucristo, porque en dicho sufrimiento vemos la infinita bondad de Dios, vemos que su amor se manifestó ante nosotros (como dice Pablo) en que él no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros. Por otra parte vemos la obediencia que Jesucristo tuvo para con Dios su Padre. Entonces, no seamos tan presuntuosos como para comenzar a deliberar neciamente diciendo: "¿Por qué ha hecho Dios esto o aquello?" Sabemos que cuanta cosa él ha ordenado está fundada sobre

este amor paternal que él tuvo hacia nosotros. De manera entonces, contemplando esto vemos por qué sufrió Jesucristo. Y esa es la razón por la cual San Pedro dijo que Dios lo habla determinado así en su consejo inmutable.

Además, esto no fue dejado simplemente en manos de hombres malvados. En esto vemos que los malvados bien pueden ser capaces de dañar a los buenos, sin embargo, nada harán sin que Dios lo permita. Y nosotros no tenemos ningún espejo mejor de todo ello que el de la persona de Jesucristo. Porque debemos saber que todo cuanto soportó había sido predicho por los profetas. Está escrito que fue colocado en la cruz tal como había sido predicho. Allí están los bandidos de Roma que lo crucifican (es decir, los oficiales que habían sido comisionados para la ejecución); ello había sido profetizado. Le dan de beber un líquido muy repugnante y amargo, m dividen sus ropas, y todo ello tal como había sido escrito. En resumen, nada es hecho sino lo que Dios ha ordenado. De esta manera vemos que los hombres malvados no pueden hacer nada, sino en la medida en que Dios les da rienda suelta; como que también se ve que estos hombres malvados no traspasan los límites que Dios les ha dado. Ahora bien, lo dicho acerca de Jesucristo, debemos aplicarlo adecuadamente a nuestro propio uso. Porque él mismo ha testificado que los gorrioncitos no caerán sin que él lo ordene. Entonces, si la providencia de Dios es tal que se extienda hasta estas pequeñas bestialitas, se deduce que nada ocurrirá sin que Dios lo haya ordenado. Luego agrega que los pelos de nuestras cabezas están contados. Con lo cual indica el cuidado que tiene de nosotros, y puesto que somos miembros de Jesucristo y que estamos suficientemente cerca para tocarle, él quiere que sepamos que nos considera hijos suyos. Porque si bien este mundo tal vez sea, como que realmente lo es, la casa de Dios, y aunque él le sea el Padre de familia, no obstante, tienen a su iglesia la que le ha sido encomendada especialmente, y de la cual tiene consideración especial. Vemos entonces cómo debemos pensar de la providencia de Dios, es decir, que San Pedro de ninguna manera quiso presentar cosas fantásticas y luego buscar mil sutilezas que no sirven para edificación alguna. No quiso proceder de esa manera, en cambio demuestra que Dios ha probado tan bien nuestra salvación que nosotros no tenemos que buscar otros medios, sino a aquel que él nos dio. Luego quiere indicar que nosotros estamos de tal manera en la mano de Dios y en su refugio que nadie puede hacer contra nosotros excepto lo que él ha determinado. De lo contrario, ¿cuál sería nuestra suerte? Si fuésemos guiados por la casualidad (como dicen los fanáticos) nuestra condición sería más desgraciada que la de las bestias brutas. Pero cuando sabemos que Dios lo gobierna todo, ello nos debiera ser un gran

consuelo, en el cual poder apoyarnos. Vemos entonces que es una virtud muy necesaria que conozcamos la providencia de Dios. Por eso debemos considerar que así como Jesús nada sufrió sin el permiso divino, así también todo lo que nos ocurre proviene de Dios. Eso es lo que debemos notar de este pasaje.

Además aun tenemos que analizar la palabra "consejo." Es cierto que algunos hablarán bien de la providencia de Dios, pero solamente tendrán una noción necia de ella; porque piensan que él reposa en lo alto de los cielos, dejando que la casualidad o naturaleza gobierne aquí abajo. Contrariamente, aquí se nos declara que Dios ordena todas las cosas disponiendo todo según su beneplácito. Es cierto que esto no nos es familiar y que no podemos comprenderlo, pero tenemos que conformarnos con saber que él es el Gobernador de todo, y que de ninguna manera tenernos que hacer como algunos soñadores que dicen: "Y, Dios sabe lo que ocurrirá, y nosotros no sabemos cómo ponerlo es orden; entonces, ¿qué utilidad tiene para nosotros su consejo y advertencia?" Ese es, entonces, el sentido que esos fanáticos quieren dar a sus sueños, los que son tan grandes arrogancias que Dios no los dejará impunes. Porque si bien Dios no nos llama estrictamente por su consejo, para declararnos su voluntad, y lo que ha determinado hacer, no obstante debemos saber que somos gobernados por su mano, y que los malvados nada podrán hacer contra nosotros, sino en la medida en que Dios les da rienda suelta. Sin embargo, no por eso deja de tener un orden en la naturaleza; y eso no significa que, en cuanto a nosotros, no tengamos que hacer uso de su consejo. Porque Dios nos ha declarado que él quiere que vivamos por el pan que él nos da de comer, y que seamos sanados de la enfermedad en medio de la medicina. Entonces, sería una presunción demasiado grande si quisiéramos rechazar los medios que Dios nos da para remediar nuestras enfermedades. Y aquel que piensa que seguirá adelante por medio de semejantes presunciones y será para su ruina y turbación. Porque cuando decimos que la providencia de Dios ha probado todas las cosas, no por eso tenemos que rechazarlos medios que él nos dá.

Un poco después de este pasaje Pedro dirá que era imposible que la carne del cuerpo de Jesucristo cambiase por causa de putrefacción. Y ¿por qué? Únicamente porque así había sido ordenado por Dios, y no por causa de su naturaleza. Porque cuando él fue concebido en el vientre de la María, él adoptó nuestra propia naturaleza y fue semejante a nosotros, exceptuando el pecado. Por eso su carne habría estado sujeta a corrupción, como la nuestra, excepto que Dios lo había previsto así. Si uno contempla lo que fueron los huesos de Jesucristo, fácilmente podían haber sido quebrados y fracturados; sin embargo, vemos que eso era imposible,

porque Dios lo habla ordenado así, y ello no era, de ninguna manera conforme a su naturaleza. Esto es lo que tenemos que notar en cuanto a

lo que se puede alegar con respecto a este pasaje; que de ninguna manera vayamos a especular e inventar un millar de preguntas sofisticadas como las que saben presentar los papistas; sino que con toda humildad consideremos que Dios no solamente prevé las cosas, sino que dispone de ellas conforme a su voluntad. Por eso, aprendamos a encomendarnos a él cuando tengamos que soportar grandes ataques de Satanás del mundo, del cual él es llamado príncipe. Y cuando nos parezca que seremos quebrantados por los malvados refugiémonos bajo las alas de nuestro Dios, a efectos de que él nos dé con qué resistir, y para que, armados con su poder seamos capaces de rechazar todas las tentaciones

que nos podrían sobrevenir. Porque cuando todos los diablos y todos los malvados se hayan levantado contra nosotros, ciertamente él sabrá cómo frenarlos y mantenerlos atados, siempre y cuando tengamos nuestro refugio en él, poniéndonos debajo de su protección. Es así que por la fe tenemos que contemplar la providencia de Dios, y no conforme a nuestros sentidos. Ahora bien, en cuanto a lo que hemos dicho de que los malvados nada harán excepto lo que Dios ha ordenado, muchos podrán replicar diciendo: "¿Por qué? Siendo así, tenemos que decir que Dios es la causa del mal, y que los malvados debieran ser excusados." Ahora, a efectos de responder debemos conocer, en primer lugar, cuál es la voluntad de Dios, e incluso cómo él nos la declara en su ley. Sabemos que él nos prohíbe robar. Entonces, por ejemplo, si yo salgo a robar, ¿estoy haciendo su voluntad? Ciertamente, cuando los malvados están dados a hacer lo malo, no están de ninguna manera haciendo la voluntad de Dios; porque saben muy bien que Dios lo reprueba. Entonces, cuando hacen el mal están oponiendo resistencia a la voluntad de Dios. En consecuencia se deduce que Dios no quiere, de ninguna manera, que ellos hagan el mal, pero les permite hacerlo, para ser castigados por esto y por eso no tienen excusa, puesto que lo hacen en practica de oposición a sus mandamientos. Dios no es quien actúa el mal, los pecados los cometemos nosotros. El controla al diablo castigando a los que lo merecen y permanecen obrando el mal a placer. El diablo y sus seguidores están destinados a obrar el mal y no tiene otra preocupación sino la de obrar el mal, e incluso Dios no le permite servir a ningún otro propósito, porque para la condenación está hecho. Dios permitirá que un ladrón o delincuente despoje de algo a un buen hombre, en algún momento pero tendrá su castigo de forma segura debido a que no tiene otro futuro el obrar el mal; a pesar de ser un hombre fiel que vive bien. ¿Por qué? Para probar la paciencia de éste y para que haga

practica de andar por fé ante malos que llevarán juicio y castigo . Vemos en esto también que por eso temporalidades son vistas en lo que dijo Job en todas sus persecuciones: "Dios lo ha dado, Dios lo ha quitado, bendito sea su nombre." ¿Entonces, cómo se ha entendido eso? ¿Acaso acusa Job a Dios de cometer robo? No. No debemos entenderlo así; porque sabemos que los delincuentes son hombres malvados, y no solamente se oponen a la voluntad de Dios, con la intención de hacer el mal; pero Job mira más arriba viendo que ello no ocurre sin la providencia de Dios. De modo entonces, que Job no atribuye las malas obras a Dios, sino que conoce la condición de los hombres y que por prestarse a actuar el mal tendrán su castigo merecido asi como siempre se ha visto. Ve que los caldeos y sabeos realmente eran las plagas de Dios. Ellos lo someten a pillaje, lo despojan, matan a sus siervos, se llevan sus bestias; en resumen, lo dejan completamente pobre, y sin embargo, él siempre alaba a Dios, sabiendo bien que esto no ocurriría sin que Dios lo hubiese ordenado. Así tenemos que hacerlo nosotros; porque si los malvados nos persiguen, no tenemos que considerarlos solamente a ellos; porque nuestra fe nos hace entender que sobre ellos está la providencia de Dios juzgándolos al ser actores de maldad. Es así cómo tenemos que juzgar el asunto. Ahora bien, en el caso que vemos particular de Jesucristo al ser crucificado, ciertamente por hombres malos, y sin embargo, ello no fue hecho sin que Dios lo hubiese ordenado porque precisaba la salvación de los elegidos y la condenación de sus enemigos. Los malvados querían destruir a Jesucristo, y Dios quería que su sangre y su muerte fuesen un sacrificio perpetuo, y que se cumpliera y realizara nuestra redención. De manera entonces, cuando contemplamos eso, tenemos motivo para glorificar a Dios, asi también comprendemos que no somos Jesucristo y el castigo de los hombres esta asegurado al ser pecadores, de manera que quienes se prestan para ser tropiezo de otros tienen su paga en esta vida y en el juicio; aquel que deduzca una conclusión contraria, será amonestado en su propia conciencia. Y en esto; Pedro afirma que Jesús fue levantado de los muertos, para demostrar que siempre tenemos que unir la resurrección de Jesucristo con su muerte. Porque silo contemplamos únicamente en su muerte, lo veremos allí totalmente lleno de vergüenza y oprobio, y desfigurado, semejante a un leproso; pero cuando venimos a la resurrección, vemos cómo fue exaltado por la mano de Dios, quien le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. De manera que entonces, tan pronto hayamos dicho "Jesucristo murió," también sepamos que fue resucitado. Está muerto conforme a la debilidad de la carne, pero al ser resucitado, fue evidente que, era el Hijo de Dios. Eso es lo que Pedro quería indicar diciendo: "A quien Dios levantó habiendo suelto

los dolores de la muerte." Ahora, al mencionar los dolores de la muerte, no se refiere a los dolores de la muerte física sufridos por Jesucristo; si no las horribles angustias que soportó porque él tuvo que ser nuestra prenda, y llevar el dolor de todos nuestros pecados. De manera entonces que no solamente sufrió en el cuerpo, sino también en el Espíritu; aunque no por eso sería conquistado.